

***Participación política indígena en la sierra peruana. Una aproximación desde las dinámicas nacionales y locales*** / Ramón Pajuelo. Lima: Konrad Adenauer Stiftung, Instituto de Estudios Peruanos, 2006, 132 pp.

El libro de Pajuelo persigue cuatro propósitos: sistematizar la información disponible sobre cuantificación de los indígenas en el Perú, analizar las dinámicas nacionales de organización indígena, analizar sus nuevas dinámicas organizativas y, finalmente, responder a la pregunta acerca de cómo participan los indígenas. El texto desarrolla su propósito en tres secciones; en la primera aborda la cuantificación de los indígenas peruanos, en el marco del movedizo terreno de la definición de *lo indígena*; en la segunda indaga sobre la participación indígena en la política nacional, analizando para ello los diálogos y debates parlamentarios, las organizaciones que pretenden la representación indígena en el país y los resultados electorales nacionales; finalmente, en la tercera sección, para el análisis de las dinámicas locales de participación indígena, observa la génesis y los resultados electorales del movimiento Llapanchik, en Andahuaylas.

El trabajo se sitúa convenientemente en el marco de los temas sobre participación indígena desde estudios y procesos de Ecuador y Bolivia: la cuantificación, los movimientos indígenas y la participación política partidaria y electoral y, sobre todo, su presencia e incidencia —y sus limitaciones— en las sociedades nacionales son centrales en los análisis de los países vecinos.

Un texto ambicioso, sobre un tema cada vez más importante en las ciencias sociales y la antropología peruana, lamentablemente descuidado desde hace décadas. El trabajo de Pajuelo tiene como primera virtud la invitación a volver a discutir *lo indígena* y *lo étnico* en el contexto de esa construcción de interrelaciones múltiples que llamamos *globalización*. El trabajo se inscribe en dos grandes problemáticas: la primera refiere a procesos generales de recreación de identidades, de su reposicionamiento en las sociedades nacionales globalizadas, centradas en la reivindicación de derechos; la segunda nos remite a los procesos de desarrollo —o quizá, mejor dicho, de etnogénesis y transformación— de las poblaciones originarias de la región andina, con la ya inevitable referencia comparativa a los movimientos de indígenas de Ecuador y Bolivia.

Un texto ambicioso, también, porque pretende abarcar en pocas páginas temas amplios y complejos, sobre los que existe poca bibliografía —para el Perú—, poca información sistematizada y, sobre todo, por tratarse de un fenómeno cambiante, inscrito en un proceso poco claro en cuanto a desarrollos y tendencias. La complejidad y amplitud de los fenómenos analizados nos llevan a preguntarnos sobre qué se discute cuando hablamos de *participación*: ¿las dificultades a las que se

enfrenta?, ¿la política de la etnicidad —intercultural e intracultural?—, ¿el proceso de negociación con el Estado?, ¿la posición de los indígenas en la sociedad civil?, ¿todos los anteriores? El texto nos aproxima a todas estas preguntas, aunque no proporciona suficientes puentes entre los temas tratados de manera que se articulen en un solo argumento.

Comienza planteando la dificultad —digamos teórica o conceptual— para definir quién es y quién no es indígena: los rasgos físicos, la lengua materna, la residencia, la pobreza, la autodeterminación y la identidad. La definición de lo indígena cambia según los actores, los referentes, los contextos, lo que se refleja en la diversidad de cifras que proporcionan fuentes diversas. El planteamiento analítico se diluye en el desarrollo posterior, buscando aparentemente definir una cifra y no un rango de posibilidades, como recomiendan algunos trabajos sobre Ecuador y Bolivia. El cálculo numérico es siempre una convención que resulta útil para el análisis y la interpretación, pero también introduce sesgos que es importante explicitar, a riesgo de plegarse, probablemente de manera involuntaria, a definiciones esencialistas, peligrosas en cualquier análisis que involucra identidades.

¿Cuál es la brecha entre el uso del idioma y la construcción de identidades? ¿A qué derechos se percibe que se puede acceder desde dichas identidades? Quizá la respuesta nos aproximaría a entender por qué si en Perú hay, cuantitativamente, la posibilidad de que haya más indígenas, en los hechos existe menos movilización. Los cambios de etiquetas, ciertamente significativos, son también elusivos, como bien señala el texto citando a Mayer: para buena parte de la población peruana, los *runas* que fueron llamados *campesinos* después de la Reforma Agraria nunca dejaron de ser indios. Y esta condición social y relacional se expresa, ante todo, en derechos, como bien lo ilustran los episodios cantinflecos de la juramentación de las congresistas indígenas en el Congreso, que parecen mostrar que el problema de los indígenas es *el otro* —no indígena—.

El análisis sobre la participación electoral se centra en el seguimiento de los resultados de la votación en elecciones nacionales, de cinco departamentos en el sur andino, definidos como «departamentos indígenas».<sup>1</sup> El trabajo tiene la virtud de presentar en extenso y prolijamente los resultados electorales, pero su lectura no termina de saciar al lector, que echa de menos un análisis de balance que los interprete. Una constatación sorprendente es que, salvo dos excepciones —el referéndum de la constitución de 1993 y la reciente elección de García en 2006—, los indígenas registran un consistente «voto a ganador» con porcentajes superiores a

---

<sup>1</sup> Se consideran en el texto departamentos indígenas a aquellos que tienen más de 80% de población definida como tal por fuentes censales o estadísticas —Puno, Cusco, Ayacucho, Huancavelica y Apurímac—; metodológicamente habría sido más preciso calificarlos como «departamentos mayoritariamente hablantes de lenguas nativas».

los promedios nacionales, lo que permite plantear preguntas interesantes sobre la concepción de las elecciones nacionales —y del gobierno— desde los pobladores rurales y hablantes de lenguas indígenas.

La descripción y el análisis sobre el proceso de constitución de la organización y centralización indígena contemporánea es, sin duda, la sección más lograda del texto. El autor nos conduce a través del proceso de creación y constitución de la Secretaría Técnica de Asuntos Indígenas (SETAI), la Conferencia Permanente de Pueblos Indígenas Peruanos (COPPIP), la Comisión Nacional de Pueblos Andinos, Amazónicos y Afroperuanos (CONAPA) y el Instituto Nacional de Desarrollo de los Pueblos Andinos Amazónicos y Afroperuanos (INDEPA). También expone sobre las múltiples pugnas entre ellos y otros gremios y federaciones campesinas e indígenas, como AIDSESEP, la CCP y la CNA, todas imbricadas en conflictos por hegemonía, recursos e incidencia en el marco de la difícil tarea de construcción de un proyecto indígena, por lo general en interlocución con el Estado. El proceso ilustra la tensión —omnipresente— entre las demandas de autonomía de los representantes de los pueblos indígenas y las demandas por recursos, derechos y atención de parte del Estado. Podríamos preguntarnos si ello no será producto de una tensión mayor entre la gestión de un indigenismo estatal y las exigencias de construcción de un movimiento indígena peruano.

La crónica sobre la juramentación de los representantes autodenominados indígenas —elegidos formalmente en tanto ciudadanos, no en tanto indígenas— es más un análisis sobre los problemas del formalismo burocrático y del racismo nacional que constituyen el entorno social, intercultural y político en el que se desenvuelve la participación indígena. Señalaremos que, solo en el actual existe un núcleo de parlamentarios que se han proclamado indígenas y defensores de sus derechos.

El análisis del proceso de creación del movimiento Llapanchik en Andahuaylas —una de las ciudades andinas en las que el uso del quechua es corriente en el habla cotidiana, una de las zonas con conocida movilización campesina en los años de la Reforma Agraria, una de las zonas pioneras en las nuevas oleadas de protestas iniciadas en los años tardíos del fujimorato— ilustra bastante bien los avatares de la (real) representación política regional y local indígena. Llapanchik se constituye como un frente político amplio, impulsado por un congresista electo —él mismo quechua hablante, de las nuevas hornadas de profesionales locales—, proveniente de las luchas de las federaciones campesinas. Siete agrupaciones provinciales constituyen, en 2002, la Alianza Electoral Frente Popular Llapanchik, que adopta la vicuña como insignia. Con evidentes símbolos y acciones de reivindicación étnica e indígena, los propiciadores del movimiento se presentan al electorado más bien en términos clasistas y campesinos. El movimiento gana las elecciones municipales en 2002 y las regionales en 2006.

De alguna manera, la trayectoria del movimiento nos lleva a preguntarnos qué condiciones nos autorizan para calificar como indígena una institución política. Podemos preguntarnos si la autodeterminación, que define lo indígena en los contextos internacionales, es también aplicable a grupos políticos —con lo que cualquier asociación que se autodenomine como tal lo sería— o si es que existe una serie de otros requisitos como el recurso al nombre, al simbolismo, a cierta tradición... La pregunta sigue abierta.

En síntesis, el libro ayuda a formular una serie de interrogantes hacia un debate necesario acerca de la multiplicidad y de las manifestaciones de la participación política indígena. Un debate que, si bien tiene una dimensión académica, tiene ante todo un cariz y una dimensión social mucho más importante.

*Alejandro Diez*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*